PRIMERA PARTE.

CIENCIA HISTORICA

DE

JESUCRISTO.

I.

EL QUE ES.

El primer hecho histórico que se ofrece á nuestra vista es la Existencia universal, la Creacion. Digo *histórico*, en el sentido lato de la palabra, porque la Creacion ha sido producida y se mueve en el tiempo; porque, en el hombre y la humanidad que es su última y mas elevada espresion, llega á ser realmente histórica; y finalmente, porque la Creacion se enlaza á los acontecimientos que pasan en este globo, al modo que la escena, las decoraciones, el prólogo y el coro se refieren y enlazan á la accion dramática.

Esta accion se abre por una primera verdad, que es como el fondo de todas las otras.

El Libre Pensamiento ha dicho: «No hay Dios.» Pero el Buen Sentido ó el Juicio ha contestado al punto: «Existe alguna cosa, luego alguna cosa es completamente eterna. Este mundo ha sido hecho con inteligencia, luego ha sido hecho por una inteligencia. De esta suerte háse demostrado en rigor, que existe un Sér necesario de toda eternidad, y asimismo, què hay una inteligencia en el mundo. Aténgome pues á esto.»—El impío insiste. «¿Cómo dice, llegar á persuadirse que la cosa mas imposible de comprender sea la mas esencial? Véase el mal físico; contémplese el mal moral y créase en Dios despues de esto. Jamás la nocion de Dios penetrará en el entendimiento hu-

mano.»—«*Completamente*, no, replica el Buen Sentido; pero puede demostrarse una cosa, y ser incomprensible: la eternidad, lo inconmensurable, las asintotas, el espacio... La idea de un Dios que solo formará criaturas para atormentarlas, es horrible y absurda; pero si se prueba una verdad, ¿existirá menos esta verdad porque lleve consigo consecuencias que causen inquietud? Hay un Ser necesario, eterno, orígen de todos los séres; ¿existirá menos porque nosotros padezcamos? ¿Existirá menos porque *sea yo incapaz* de esplicar por qué padecemos? (1).»

Asi raciocinaba un entendimiento que fué el genio de la blasfemia, pero que tenia sobrado juicio para vacilar sobre esta primera verdad de la existencia de Dios. Sin embargo, este juicio era muy reducido al limitarse al puro teismo que segun decia en otra parte, *jamás ha sido suficiente*. Privábase de muchas luces; exponíase á muchas objeciones para reservarse él insultar á este Dios á quien afirmaba, por medio de una larga sátira contra su Religion y su Providencia. De esta objecion, deducida especialmente del enigma del mal en el mundo, y de la *horrible y absurda* idea de un Dios que solo formase criaturas para ser su verdugo, habíase él formado el monótono tema de la mas abyecta y de la mas infernal ironía. No importa. En esta situacion tan reducida y tan inconsecuente, se encabritaba, digámoslo así, todo su buen juicio y le arrojaba hácia atrás del ateismo. *Aténgome*, decia, *á lo que se halla demostrado en rigor*. Y en cuanto á la otra objecion que constituye el fondo de todas las de la incredulidad en todos sus grados, deducida de lo *incomprensible* y de que *jamás penetrara en el entendimiento humano la nocion de Dios*, la destruia con el adverbio *completamente*, pues con él la reducia á la absurda exigencia de que *la nocion de Dios entrase* COMPLETAMENTE *en el entendimiento humano*, es decir, en una capacidad infinitamente menor que ella.

(1) Voltaire, *Observaciones sobre el buen sentido*, t. L, pág. 568.—*Diálogos* de Evemero, id., pág. 159, edicion Beuchot.

Volvamos á exponer pues, por nuestra cuenta, el sencillo y suficiente argumento de Voltaire:

Dios se halla atestiguado en la naturaleza por el espectáculo de las maravillas que nos presenta. Las existencias de que esta se compone suponen el Sér. Ellas no se dan el sér á sí mismas, asi como no retienen el sér que poseen: puesto que lo reciben y lo devuelven á cada instante. Siempre producidas, jamás *existen* por sí mismas. Suponen pues fuera de ellas el Sér necesario, subsistiendo en sí, y conteniendo todo el sér, *de quien* les proviene esta precaria existencia y que se la dispensa conforme á sus leyes: *Ex-sunt*. Esta sola palabra de *Existencia*, expresada por medio de su raiz, de esta breve sílaba: *ex*, es una profesion de fé en la Divinidad.

Además estas existencias no aparecen confusamente, sino en el órden mas bello que puede imaginarse, y que confunde al sábio, arrebata al filósofo, y hace arrobarse de admiracion al alma mas vulgar. Lo que llamamos la Naturaleza no es mas que el colmo del arte, «el arte de no sé qué gran Sér, poderosísimo é industriosísimo que se oculta y que la hace aparecer. Es pues preciso que haya un artista infinitamente hábil; y esto es lo que llamamos Dios (1).»

Esta verdad, que demuestran otros mil argumentos, y que brota por todas partes, porque constituye el fondo de todo, tiene en favor suyo el instinto universal y perpétuo del género humano. No es solamente una verdad demostrada por el raciocinio, sino por la naturaleza. Tiene especialmente á favor suyo á los que se esfuerzan en negarla, y que al combatirla, no hacen mas que afirmarla contra sí mismos. No se ataca, y no

(1) Voltaire. *Diccionario filosófico*, t. XXXI, p. 166.

se ataca con furor el vacío y la nada; y cuando el que ataca se ve derribado al impulso de los golpes que asesta, es señal de que ataca á alguna cosa de gran resistencia. Los pretendidos ateos jamás han concluido con Dios; contínuamente tienen su nombre en los lábios, y nos bastaria con ellos para convencer á los escépticos y avivar á los indiferentes.

Jamás ha habido ateos que lo fuesen de veras. Los denominados con este nombre, no son mas que rebelados, *antiteos*; los menos ateos, porque conocen á Dios mas que ningun otro, á causa del suplicio de su contradiccion con su verdad que les atormenta interiormente por medio del remordimiento, y que profieren esteriormente por medio de la blasfemia (1).

(1) La Revolucion no es atea; es *antiteista*. (PROUDHON.)

II.

DIOS MUDO É IMPERSONAL EN LA NATURALEZA; NECESIDAD QUE TIENE EL HOMBRE DE COMUNICAR CON ÉL DE OTRA SUERTE.

Pero esta verdad, por firmemente sentada que se halle, escita mas bien que satisface nuestra aspiracion. Este Sér necesario *es verdaderamente un Dios oculto* (1). Lo es y debe serlo proporcionalmente á cualquier otro que no sea él mismo, por su naturaleza infinita y por ese *abismo insondable de riqueza, de quién, en quién y por quién son todas las cosas* (2). Sin embargo, no habia de haber escitado nuestro entendimiento y nuestro corazon con el anhelo de conocerle, para ocultarse á ellos enteramente. Asi pues, en la naturaleza, *se oculta haciéndola aparecer*, y esta misma naturaleza nos le oculta tanto como nos lo prueba.

Nos lo prueba, en efecto, por medio de esa dependencia de los séres, y de ese órden maravilloso con que están dispuestos, unos respecto de otros, y todos con relacion al todo. Pero, cuanto mas fatal es esta dependencia, mas solemne es este órden, mas parece marchar por sí mismo este mecanismo á fuerza de perfeccion, y menos me deja ver, en su libre poder

(1) Isaías, XLV, 15.

(2) *O Altitudo divitiarum sapientiæ et scientiæ Dei, quoniam ex ipso, et per ipsum, et in ipso sunt omnia.* (*Ad Romanos*, XI, 33 y 36.)

y en su voluntaria accion, á ese Sér que es su autor y que lo preside. Léese en el Génesis, que despues de haber creado esa grande obra en seis tiempos, el artista del universo descansó. Este reposo en su obra es lo que nos lo oculta otro tanto como esta nos lo prueba. Su misma soberanía que se ostenta en la sujecion del universo á inmutables leyes, desaparece por decirlo así en su propio reinado. Despues de haber mandado una vez, obedece siempre: *semel jussit, semper paret*. Es verdad que se obedece á sí mismo, lo cual es aquí prueba de constancia. Pero esta constancia del artífice acaba por confundirse con la obediencia de la obra, y cuanto mas admiro esta, menos le veo á él. Todo es de Dios; nada es de Dios; y así se esplica la aberracion de la humanidad pagana, infiel por la vez primera á las tradiciones religiosas del género humano, que estrechada entre el sentimiento de la Divinidad y lo desconocido en que esta se oculta, vino á personificar en otros tantos dioses las fuerzas de la naturaleza, y no encontrando á Dios en parte alguna, concluyó por ponerle en todas partes, aguardando al *Dios desconocido*.

Concebiria tambien este *ignoto* de Dios en la creacion, relativamente á todos los demás séres inferiores á mí, que no son capaces de conmoverse por ello y de inducir nada de ello, simples ejecutores del gran poema que aquella ofrece á mi vista. Mas para el espectador, para el hombre, para mí, es esto demasiado para ser suficiente. El Paraiso mismo no me satisfaria: me es necesario el Autor del Paraiso, y cuanto mas me haga pensar en él por medio de sus maravillas, tendré mas anhelo de conocerle y mas avidez de verle; cuanto mas escitado me vea por lo *visible* para entrar en relacion con lo *Invisible* que en aquel se trasparenta, mas su marca me hará desear ver su sello. La superioridad de mi sér, con relacion á todos los demás séres del universo que están delante de mí, consiste en que solo yo tengo conciencia de ellos y de mí. La

Naturaleza me domina con su magestad, me abruma con sus fuerzas, me confunde con sus maravillas; pero yo la domino con el sentimiento mismo de estas maravillas, sentimiento que ella no tiene, con mi pensamiento que la contempla cuando ella se ignora, con mi libertad que forma de esta contemplacion un goce voluntario de que es ella el sugeto servil. Pues bien: esta superioridad que tengo sobre la naturaleza, la busco en su autor. Soy un sér personal, y necesito un Dios personal. Este Dios existe necesariamente; porque seria absurdo pensar que yo, que no soy mas que una de sus obras, y en cierto sentido la mas débil de sus obras, habia de tener una superioridad que él no tuviera. Sin embargo, todo cuanto veo es inconsciente é impersonal en la naturaleza.

En ella veo algo, y en ella busco á alguno. Porque no hay duda qne en ella veo una inteligencia, un poder, y una multitud de otras perfecciones intelectuales y morales que me extasian, y que, no existiendo en los séres mismos, sino en su organizacion y en su economía, son necesariamente otra cosa que ellos y fuera de ellos, y suponen un Sér de la misma naturaleza que estas perfecciones en que ellas residen en su esencia, y de donde radian como de su foco. Pero lo que no percibo en esto, lo que busco, lo que llamo, lo que necesitan todas mis facultades, es á quien hablar y que me responda; es una personalidad á quien poder referir estas perfecciones; esta personalidad necesaria, espíritu y voluntad en la esfera mas elevada como sus actos, é infinitamente mas que yo como yo: al Artista.

> Muda es natura y la interrogo en vano:
> Necesario es un Dios que hable al humano (1).

(1) Voltaire, *Poema sobre los desastres de Lisboa*.

III.

DIOS, CONCIENCIA Y PROVIDENCIA.

No es solamente la naturaleza esterior la que nos da esta idea á un tiempo mismo incitativa é insuficiente de Dios. Además del mundo físico, hay otros dos mundos, tan importantes para nosotros, que nos distraen del espectáculo de la naturaleza misma, ó mas bien, que reducen esta gran Naturaleza á no ser mas que la escena decorativa del verdadero espectáculo que nos conmueve y nos agita; el espectáculo de que somos, no solamente los espectadores, sino los actores: el hombre y la humanidad.

Allí se atestigua el Dios de la naturaleza por medio de dos grandes testimonios en que su personalidad se departe en dos relaciones mas afines con la nuestra, sin dejar de ser naturales: la Conciencia y la Providencia.

¡La Conciencia! potestad de tal suerte personal, que pone en juego nuestra personalidad, sin ser nuestra personalidad misma, por medio de nuestra fidelidad ó de nuestra infraccion á su voz. Lo cual implica necesariamente que ella es otra cosa que nosotros en nosotros mismos; un testigo, un juez, un Dios; pero un Dios en el mas alto punto *personal*. Aquí, en efecto, hay la misma constancia que en la naturaleza. Hay todavía mas; la necesidad; porque nosotros podemos modificar la naturaleza física, y hasta se concibe que sus leyes hu-

bieran podido ser otras que las que son; mientras que las leyes morales son por su naturaleza inmortales, eternas, increadas, y participando por ello, de la naturaleza de Dios, Dios mismo. Pero no ya Dios mudo é impersonal, sino por el contrario, personal é interlocutor temible por medio de la discusion de nuestra propia personalidad, cuya responsabilidad pone en juego por medio del mérito ó del demérito.

La Providencia es otro aspecto y otro instrumento de Dios, que nos le hace entrever en su accion, sin hacérnoslo ver, no obstante, á él mismo. En la naturaleza, revélase por do quier la Providencia. Por lo contrario, en la humanidad, que sin embargo es de su dominio, asi como los demás séres de la creacion, la Providencia parece relativamente no manifestarse. Encuéntrasela en el organismo humano donde aparece como en su obra mas perfecta; pero en el órden moral é histórico de nuestros destinos, no ocupa ya el primer término. Todo parece estar entregado á nosotros mismos y como al azar. La confusion y el desórden que de ello resultan parecen acusarlo así, y obrar resistiendo á los testimonios de la naturaleza y de la conciencia.

Sin embargo, no sucede nada de esto, y allí, en el desórden mismo, la idea de Dios se ha mostrado de contínuo á la vista de la humanidad, solicitando su ardor de conocerlo.

Desde luego, esplícase perfectamente este eclipse de Dios, en el órden moral é histórico humano; porque en este órden, se halla en escena un elemento nuevo y capital que no se encuentra en ninguna otra parte de la creacion: la libertad de la criatura, que Dios respeta como todo cuanto ha creado. Pero esta agitacion libre del hombre, que se acusa por medio de tantos desórdenes, no llega sin embargo nunca, desde que dura el drama, hasta donde debiera ir, si fuese dueña absoluta de los acontecimientos. Há largo tiempo que la humanidad se hubiera destruido ella misma, si hubiese sido único árbitro de su suerte.

Y por tanto, esta misma confusion de las cosas humanas que parece acusar á Dios, por no referirla á nuestra libertad, que es su causa y razon, se convierte por los límites que se la marcan y las involuciones que ocurren, en un testimonio mas temible de esta Providencia que la domina y que la salva de sus propios escesos. Sucede con esto como con la mar, cuyas borrascas y tumultos hacen resaltar mas el poder que se oculta en el grano de arena á donde va á estrellar sus olas.

Y esta observacion general se precisa y se multiplica si la aplicamos á los destinos particulares de cada pueblo y á las revoluciones de los Estados. Esta accion dominadora y dispensadora de la Providencia aparece entonces, en ciertos momentos, como el *Deus intersit* de la poética humana. Personifícase en ciertos grandes actores; manifiéstase en ciertas elevaciones ó ciertas caidas; invade la escena en ciertos acontecimientos imprevistos; desarróllase en ciertas vias de triunfos ó de reveses, de progreso ó de decadencia, hasta recobrar con usura todo lo que nuestra libre actividad le habia quitado, hasta reducir á la nada la soberbia humana, y á hacernos confesar á nuestra costa estas grandes verdades:—que *el hombre se agita* y *Dios le guia*;—que *la casualidad no es el incógnito de la Providencia*;—y *que no es mas ó menos propio de Dios* (ya lo hemos visto) *el remover un Imperio que la hoja de un árbol*, y de *su Providencia el inclinar el éxito de una batalla que el salto de una pulga* (1).

(1) Montaigne, *Ensayos*, lib. II, cap. XII.

IV.

INSUFICIENCIA DE ESTAS DOS RELACIONES.—LA HUMANIDAD EN DESGRACIA.

Asi pues, Dios se atestigua al hombre por medio de tres testimonios diversos que constituyen la Revelacion natural; la Naturaleza, la Conciencia, la Providencia.

En la Naturaleza es visible, pero mudo é impersonal. En la Conciencia, habla y es personal, pero es interior é invisible. Por medio de su Providencia, reviste un modo esterior como nuestros actos, y se hace actor y corifeo en la escena de los sucesos (1). Pero, aunque su accion sea notable y maravillosa á quien sabe observarla, disponiendo las cosas á través de su caos, disponiendo de nosotros sin afectar á nuestra libertad y por medio de esta libertad misma, haciendo girar siempre á sus fines nuestros actos, cualesquiera que sean, buenos ó malos, é interviniendo á veces por medio de golpes que trastornan todos nuestros planes y nuestros papeles, haciendo ver, sin embargo, su mano; la ilusion de nuestra actividad es tal, el tumulto y el polvo que movemos, cubren de tal modo su accion, que no la vemos, ó que, con los nombres de Fortuna, Azar ó Destino, le imputamos toda la ceguedad de nuestra ignorancia y todos los caprichos de nuestras pasiones.

(1) Este era, en efecto, el papel de los *coros* en la tragedia antigua, pues *representaban* la Conciencia y la Providencia.

No es, pues, todavía este el Dios que necesitamos, y no obstante reconocerle y profesarle la humanidad por medio del profundo sentimiento de su dependencia, jamás ha podido contentarse con él.

Este conocimiento mismo de su dependencia la separa de Dios.

No es, en efecto, esta simple dependencía de la obra con relacion al artifice, lo que la humanidad siente ó conoce en sí misma; es mas; es la contradiccion de un culpable con su juez, es un estado de desgracia, un peso de enemistad, con relacion al órden eterno violado, una propension desgraciada á renovar esta violacion como por una prolongacion de caida, y no obstante, una aspiracion invencible á levantarse, á enderezarse, á rehabilitarse, sin poder efectuarlo por sí mismo.

No tomo la nocion de este sentimiento á tal ó cual creencia; la tomo como *estado* de la humanidad por todas partes y de contínuo; como testimonio universal de la naturaleza humana, no existiria su esplicacion.

Un gran enemigo de toda creencia ha consignado perfectamente este hecho *humanitario:* «Los Antiguos, ha dicho Proudhon, acusaban á la naturaleza humana de la existencia del mal en el mundo. La teología cristiana no ha hecho mas que glosar á su modo tal tema; y como esta teología resume todo el período religioso que desde el orígen cristiano se estiende hasta nosotros, puede decirse que el dogma de la prevaricacion original, teniendo por sí mismo el asentimiento del género humano, adquiere por este nuevo hecho, el mayor grado de probabilidad. El dogma de la caida no es solamente la espresion de un estado particular y transitorio de la razon y de la moralidad humana; es la confesion espontánea, en estilo simbólico, de *este hecho tan pasmoso como indestructible*, la culpabilidad *ab ovo*, la inclinacion de nuestra especie al mal. ¡Desdichada de mí, pecadora, grita por todas partes y en todo idioma la conciencia del género humano! *Væ nobis, quia pecavimus* (1).»

Hé aquí principiada á esplicar la objeccion que Voltaire, sin detenerse no obstante en ella, aceptaba con sobrada complacencia del Ateo; el enigma del mal en el mundo, implicando la *horrible y absurda idea de un Dios que hubiera formado criaturas solo para atormentarlas.*

La conciencia del género humano, mas sensata y mas verídica, ha respondido por do quiera y siempre: «No, yo soy la culpable, Dios no me ha hecho así: yo soy quien se ha degradado: «*me, me, adsum qui feci!*»

Es, pues, exacto, y cada uno de nosotros, por lo demás, lleva en sí mismo el sello de esta verdad, que late en nuestras arterias y se halla pegada á nuestros huesos, que la humanidad, siempre y por do quiera va en decadencia y en ruptura con respecto al órden y al bien, á este órden y á este bien que brillan en la Naturaleza, que claman en la Conciencia, que se libran del desórden humano por medio de la Providencia, y que referimos invenciblemente á ese Sér necesario, atestiguado una vez mas por el testimonio mismo del mal.

De aquí para el hombre otra necesidad mas perentoria que todas las demás y que ya hemos reconocido; la de entrar en relacion con este Sér; necesidad de liberacion, de reconciliacion, de religion reparadora de aquel rompimiento.

Esta necesidad es la que, sin escluir á las demás, ha predominado, sobre todo, en la humanidad, y que han afectado todas las religiones de la tierra. Siempre y por do quiera la expiacion; siempre y por do quiera el sacrificio; sacrificio, no de simple ofrenda y de simple dependencia, sino de reparacion, de satisfaccion, de redencion.

(1) Proudhon, *Sistema de las Contradicciones económicas*, tomo I, página 344.